
Entrevista a Beatriz Sarlo*

163

Adriana Bocchino y Mónica Bueno

Primera Parte

Universidad e investigación en Argentina

¿Cuál es ahora el lugar de la investigación desde el punto de vista institucional?

Creo que se puede, desde el comienzo de la transición, señalar dos períodos que tienen que ver con una periodización política, enmarcados y separados por una politización social. Yo creo que en los primeros años de la transición se comenzó de manera bastante orgánica y estructurada a reconstruir un marco institucional que hiciera posible la investigación en ciencias sociales y humanas, que había sido completamente reprimida, en todos los sentidos del término, durante la dictadura militar. En ese sentido, yo creo que tanto el CONICET como las Secretarías de Investigación de las Universidades Nacionales tuvieron un papel protagónico y de hecho lograron enmarcar, en cuadros institucionales, a una cantidad de investigadores ya formados, y también nuevos, que estaban fuera de la institución por razones políticas.

Esto define los primeros años, aun con políticas que se pueden discutir puntualmente y con dificultades presupuestarias que son habituales. De todas formas, se hizo un esfuerzo institucional muy fuerte y, sobre todo, se hizo un esfuerzo de devolución del prestigio simbólico a la investigación en ciencias sociales y humanas que durante la época de la dictadura había estado prácticamente concentrada en los centros privados de investigación, es decir, los que conservaron una tradición en la investigación en las ciencias sociales y humanas, en los años del proceso militar fueron los centros privados. La Universidad hizo un movimiento hacia los centros privados y también los centros privados hicieron un movimiento hacia la Universidad en diferentes lugares de la Argentina, no solamente en Buenos Aires, también en Rosario, en Córdoba, en el tipo de asociaciones como Flacso. Ese proceso, yo diría que dio sus frutos. En principio porque creó ciertas regulaciones institucionales en el sentido en que la investigación en la Argentina empezó a enmarcarse en las leyes del juego de lo que es la investigación académica en el mundo. Se creó la conciencia de la formación de postgrado, por ejemplo. Conciencia que era totalmente ausente en la Argentina hasta 1984. En general, si había formación de postgrado, se realizaba en Universidades del exterior. Y volvían o no volvían. El florecimiento de los postgrados que estamos viviendo hoy, es un florecimiento cuya semilla está sembrada en los primeros años de la transición. El florecimiento de los postgrados es un dato importante en la investigación: los postgrados son los semilleros de los futuros investigadores. La otra cuestión que se creó fue la conciencia de una necesidad de no terminar la formación institucional de los académicos en la tesis de doctorado. Se creó la idea de una continuidad institucional que albergara a los investigadores, futuros doctores, en una red académica de investigación y docencia que reforzó la idea de la unificación del campo de la investigación y del campo de la docencia. Yo no digo que esas políticas hayan desaparecido hoy porque, afortunadamente, las Universidades Nacionales mantienen su capacidad de decisión autónoma respecto del poder ejecutivo. Capacidad que puede ser discutida con la ley universitaria pero que, sea cual sea el carácter de esa ley, en el punto del gobierno universitario va a respetar la autonomía que los cuerpos académicos -estudiantes, profesores, etc.-

se dan como regulación de funcionamiento. En un punto, no digo que este movimiento se haya interrumpido. Hay otro punto que depende sí del Ejecutivo y que ha producido una serie de rupturas que se relacionan con las políticas que las Secretarías de Ciencia y Técnica y el Consejo Nacional de Investigaciones desarrollan para la Universidad y que uno tiene la impresión de que se ha retrocedido desde el punto de vista ideológico y de organización de las ciencias anteriores a la transición. Es decir, se ha desestimado la importancia de las ciencias sociales y humanas y se les ha adjudicado un lugar totalmente subordinado, y lo que es mucho peor todavía se ha empezado a intervenir con juicios ideológicos sobre la evaluación de los proyectos de investigación. Ya conocemos los dictámenes de las organizaciones del CONICET, de las juntas y comisiones del CONICET, en las cuales son claros motivos ideológicos por los cuales se desplaza a investigadores, se cortan los subsidios, se cortan las becas, se suspende la formación académica de los doctorandos. Entonces, desde el punto de vista de la Universidad, las políticas no han cambiado. La Universidad, de hecho, ha seguido gobernándose con autoridades elegidas autónomamente del Poder Ejecutivo, pero desde el punto de vista de las políticas nacionales el viraje y el retroceso producido por la Secretaría de Ciencia y Técnica marca que entramos en un nuevo período. Es decir, que la Universidad deberá conseguir sus recursos si se quiere reencuadrar a aquellos que el CONICET y la Secretaría de Ciencia y Técnica deja fuera de los marcos económicos académicos e institucionales

¿Cuando habla de Universidad ve una diferencia entre la UBA y las otras Universidades o habla de la Universidad argentina en general?

En un punto veo una diferencia, en otro punto hablo de la Universidad en general. En el punto en que hablo de la Universidad argentina, es el punto que tiene que ver en que por allí, por la Universidad pública argentina pasa el noventa por ciento de la investigación científica, el financiamiento y los cuadros que la realizan, el laboratorio donde trabajan, las bibliotecas donde investigan, el

equipamiento que utilizan, el sistema de evaluación con los cuales se los examina. Yo creo que la Universidad pública en este país no ha sido reemplazada, ni de lejos, por ninguna iniciativa de Universidad privada que hasta el momento carece de investigación. No estoy diciendo que no la pueda tener en el futuro. Yo no sé si alguna de las nuevas Universidades privadas no pueden dotarse del equipamiento material y simbólico de la investigación. Yo digo que hasta hoy, si uno hace un corte y analiza la investigación en la Argentina, proviene de universidades públicas, de centros que están muy concentrados en Buenos Aires pero que tienen algunas puntas interesantes en otras Universidades del país. En ciencia básica hay una investigación que está repartida de manera interesante, y creo que en ciencias sociales y humanas también se está logrando ese reparto. En otro punto sí tengo que decir que hablo de la Universidad de Buenos Aires, dentro de ese 90% de la investigación que está concentrada en la Universidad pública. A su vez, la Universidad de Buenos Aires, por su tamaño, por la densidad de su personal académico, por la densidad de sus estudiantes y por su mejor infraestructura -lo cual no quiere decir que sea una buena infraestructura- es una Universidad destacada dentro del panorama de la Universidad pública. Es decir, la Universidad de Buenos Aires sigue compitiendo frente a poderosísimas Universidades internacionales de América Latina, como la de San Pablo por ejemplo. Aún hoy, gastando la Universidad de San Pablo más o menos tres veces más por estudiante que la de Buenos Aires, esta última compite en mejores condiciones si uno ve los resultados, es decir los estudiantes graduados que son aceptados en Universidades internacionales. O sea que, dentro del panorama general, la Universidad pública todavía no puede ser comparada con la privada. No digo que en un futuro no pueda serlo, pero hoy la Universidad pública es, sin duda, la mejor en su conjunto, el sistema universitario estatal es el mejor y, dentro de ese sistema, la Universidad de Buenos Aires, en su conjunto, es, sin duda, descolante, por la concentración de recursos y, además, por el hecho de que la Universidad de Buenos Aires está puesta en un lugar donde no solamente hay concentración de recursos académicos sino también concentración de recursos culturales. En ese sentido, estoy muy de acuerdo con el esfuerzo que hace el Consejo de rectores por un reparto que incluso no

favorezca a la UBA en términos económicos pero que tienda, en el mediano plazo, a contrabalancear la potencia cultural que es la ciudad de Buenos Aires, con una concentración de recursos en lugares más pequeños y que haga posible que eclosionen centros de investigación igualmente competitivos en otros lugares del país que, de hecho, ya están existiendo.

Yo creo que el gran debate no es en el interior de la Universidad pública sino en relación a qué va a hacer el Estado con sus recursos con respecto a esa Universidad. No es en el interior, entre Universidades, aunque después los rectores se sienten a sacarse los ojos por el dinero, sino, más bien, cuáles van a ser los recursos para reforzar todo el sistema.

167

Hay un tercer aspecto entre la universidad pública y la privada que tiene que ver con las fundaciones ¿Cómo se relaciona este aspecto con la investigación? Pareciera que allí reside el aspecto simbólico.

Yo no podría hablar de cómo trabaja la investigación científica en ciencia dura, porque no lo sé. Hay fundaciones importantes como la Campomar, o lo fue en un determinado momento, pero no les podría decir cómo trabajan. En el campo de nuestras disciplinas las fundaciones fueron muy importantes en la época del Proceso, es decir, durante la dictadura militar no hubiera podido subsistir ni el fantasma de la investigación ni el fantasma de la docencia en grupos muy pequeños sin las fundaciones, sobre todo sin las fundaciones internacionales. Y acá hay que decir que las fundaciones internacionales, en el caso argentino, apoyaron, en general, el campo democrático y de izquierda. Es decir, no fueron fundaciones internacionales dedicadas a hacer penetración imperialista.

¿No es paradójico eso?

Las fundaciones internacionales en ciencias sociales, (hay un

conjunto de ellas norteamericanas), están manejadas por los que en EE.UU. se llaman liberales, es decir por gente que está del centro al centro izquierda. No importa cuál fuera la voluntad de la corporación que finalmente la termina dotando de su dinero sino que el cuerpo, el staff académico de esa fundación, son gente que va del centro a la izquierda. No digo todas, sino que algunas son bastante importantes. Yo misma he formado parte del BOD de una de esas fundaciones, The Social Center Search Consult, y les puedo asegurar, que el liberalismo a la americana era la ideología predominante entre los americanos que estaban formando parte de eso. Estas son las fundaciones que yo conozco. Después están las otras. No digo que sean todas, digo que hay una parte que tiene muy buena voluntad hacia la investigación social en su carácter más progresista, más democrático.

¿Y qué vínculos establece con la Universidad estatal?

La importancia de las fundaciones, yo creo, fue en la época del Proceso pero, además hay otra razón. Ha habido un cambio en EE.UU. también. Hoy hay muchísimo menos interés y, por lo tanto, muchísimo menos dinero para América Latina en EEUU. Es decir, yo no sé qué hubiera pasado si las fundaciones hubieran seguido iguales y la Universidad hubiera cambiado en un sentido democrático. No sé si no se hubieran encontrado en un punto. Por el momento me parece que la Universidad americana y las fundaciones americanas están menos interesadas en América Latina, muy poco interesadas en la Argentina. No hay una masa de recursos en el mundo dando vueltas tratando de encontrar algún argentino o argentina que los utilice. No lo hay. Sería equivocado pensar una política universitaria o de investigación que tuviera muy centralmente una pata o un ojo puesto sobre las fundaciones. Sí sobre el sistema universitario americano. En la primera etapa de la transición se firmaban una multitud de convenios. Yo creo que ustedes mismos tienen convenios firmados con Universidades del exterior que pueden empezar a funcionar. Sabemos que son cosas que funcionan a muy largo plazo, que son muy trabajosas desde el punto de vista burocrático administrativo pero lo que yo creo que es la salida

de la Argentina para vincularse con el mundo es el vínculo entre sistemas universitarios más que esperar una fundación salvadora. No hay. Una fundación salvadora, a lo mejor, cree que está haciendo un gesto descomunal arrojando cincuenta mil dólares y, de hecho para una Universidad, cincuenta mil dólares es una cifra irrisoria. Puede ser mucho para un individuo, o para un equipo de investigación, pero para una Universidad es una cifra irrisoria. Es decir, lo que se podía financiar vía fundaciones en la época del Proceso eran, justamente, pequeños grupos de investigadores. Ahora, cuando uno ya está puesto en el campo de la Universidad Nacional, los problemas que uno tiene son tantos becarios de letras, tanto becarios de historia, etc., entonces, la salvación no viene de allí. Hay que complementar, digamos, con recursos, pero es tan ingenuo pensar que la salvación viene de allí como que viene del arancelamiento. De ninguno de los dos lados sale la salvación de la investigación en la Argentina. Los países tienen que financiar la investigación, después pueden decir cómo mejoramos esta biblioteca, quizás poniendo un arancel a los graduados que la usen, cómo mejoramos este laboratorio, quizás poniendo un arancel a los hospitales que le pidan un servicio a ese laboratorio, pero, el gasto básico, el gasto que pone en movimiento un aparato de investigación lo provee el Estado. Las universidades privadas norteamericanas no financian con arancel la investigación. Es imposible eso. Aun las Universidades más caras, pongamos la Universidad de Stanford o la Universidad de Columbia, financian con arancel becas para los estudiantes que no pueden pagar, pero son estudiantes brillantes. Financian una parte mínima de funcionamiento, y después salen a buscar a las fundaciones privadas y a los grandes donantes para financiar las Universidades. Cualquiera que vea el presupuesto de una Universidad privada norteamericana, o Universidad pública, que también cobra arancel, se sabe que esa Universidad no está funcionando con arancel. Funciona con un armado del presupuesto que dice "cada tantos pesos de arancel voy a salir a conseguir esos pesos multiplicados por cien, por ciento cincuenta, o por doscientos, en el mercado de las fundaciones, en el mercado del mundo académico".

¿No existe una perspectiva de ese tipo actualmente desde el Estado? ¿Todo el sistema de incentivos que se ha establecido no apunta a un cambio estructural en la investigación en la Universidad?

170

El ministerio tiene una política, por lo menos hay que reconocer que el ministerio tiene una política. Y la política es privilegiar al personal con dedicación exclusiva. Es mejor esa política que ninguna. Nos podríamos sentar a discutirla, pero digamos que entre no tener ninguna política y tener una, permite pensar un funcionamiento e, incluso, permite ser discutida. Mejorar la condición de trabajo de los académicos, desde becarios hasta profesores titulares con dedicación exclusiva, está bien, es decir, la Universidad tiene que tener un cuerpo de gente completamente consagrada a ella -si no, no hay investigación científica y no hay docencia con permanencia-. Desde ese punto de vista está bien. Después hay otro punto de vista que tiene que ver con la función cultural que cumple la Universidad, con la función de preparación de cuadros que no necesariamente quedan en la Universidad porque van a otros lados, que mejoran la enseñanza secundaria, que mejoran el periodismo y que mejoran el nivel cultural, y que uno tiene que pensar que en el caso de nuestra disciplina es muy importante que esos cuadros estén enmarcados en estructuras universitarias. Nosotros no podemos decir "financiamos los exclusivos solamente", y con eso pensar que hacemos toda la docencia. Supongamos que llegamos a esa conclusión: que financiamos todos los exclusivos, hacemos toda la docencia, pero desenganchamos de lo que es la estructura de formación universitaria a una serie de cuadros que tiene una importancia social fundamental: los profesores de secundario, que quieren ser muy bien formados para dirigir los departamentos de Letras, de Geografía o de Historia en los colegios secundarios, hasta periodistas que quieren hacer buen periodismo cultural, buen periodismo televisivo. Entonces ahí hay que pensar, aun con la política de financiar y de jerarquizar los exclusivos, en la función social que en este país, ahora no estoy hablando de otros países (no sé en otros países cómo funciona esto), que la función social tradicional es positivamente de la Universidad argentina. Es decir, una Universidad cambia el lugar donde esa Univer

sidad tiene su sede, y lo cambia no sólo respecto de la población estudiantil que produce una dinámica y una modernización sino que lo cambia respecto a los colegios secundarios y en relación a los medios de comunicación. ¿Cómo hacer para mantener algo más que no sean los exclusivos en el marco de la enseñanza universitaria, no sé si diría en la investigación?. Quizás en la investigación deben estar sólo los exclusivos, pero en la enseñanza no. Y ahí hay un punto que por lo menos en nuestras disciplinas me gustaría poner: si bien enseñanza e investigación, yo creo, tienen que ir absolutamente juntas, es decir, que el mejor docente es aquél que es buen investigador. También nosotros tenemos necesidad de docentes, por lo menos en algunos niveles, que quieren ser docentes, simplemente docentes.

171

Nosotros fuimos formados como docentes antes que como investigadores y empezamos a trabajar en un medio que privilegia la investigación por sobre la docencia. Es complicada la posibilidad, porque uno no puede decir que va a llegar a ser profesor asociado quien hace docencia y no investigación, eso es casi absurdo. Pero al mismo tiempo, por el tamaño que tienen nuestras universidades, quizás no podamos tener profesores investigadores al frente de todos los cursos y de todas las comisiones de trabajos prácticos.

¿Pero todo armado de una clase exige investigación?

Sí, pero no necesariamente una investigación de investigadores. Eso es lo que tenemos medio confundido en las ciencias sociales y humanas, y en las letras muchísimo. Una buena clase puede no provenir de una investigación, sí de un estado de la cuestión bibliográfica y de una organización de lo que se sabe pero no de la investigación. Y no todas las clases que se dan son expresión de la punta de la ola de una investigación, ni siquiera los investigadores damos esas clases. Ahora qué pasa, cuando uno dice “queremos profesores investigadores” lo que tiene en la cabeza, y eso con mucha razón, es que queremos profesores que sepan enseñar una forma para pensar la disciplina. Queremos profesores que sepan discurrir sobre sus objetos de una

forma que es la perspectiva del investigador, pero la pregunta que me queda abierta es si nosotros con la población estudiantil que tenemos en la Argentina podemos tener a la cabeza de todas las comisiones de trabajos prácticos, profesores que en ese momento estén siendo becarios de iniciación o perfeccionamiento. A lo mejor eso en un momento se convierte en un escollo de la ampliación universitaria. Yo creo que tiene que haber una articulación entre lo que es la investigación propiamente dicha y docencia, esa articulación tiene que ser muy sólida y muy estrecha: no me cabe la menor duda que si se sigue el sistema de cátedra, la cabeza de la cátedra tiene que tener esa articulación perfectamente montada pero de allí hacia los costados hay que contemplar una serie de grados y de situaciones que son diferentes. Por otra parte, otra de las cosas que esta universidad tiene que reformar es el sistema de cátedra que es un dispendio de experiencia docente e intelectual bestial y en una universidad que se reformó en 1984, que se reformó con gente muy joven en ese momento, es decir los que ganamos los concursos de titulares en 1984 teníamos alrededor de 40 años, un poquito más o un poquito menos, es decir que vamos a seguir muchos años en la universidad, eso se va a convertir en un tapón, en una tapa que va a impedir el surgimiento, si se mantiene el sistema de cátedra, de los investigadores que estamos formando. Hoy ya se da el caso de doctores ayudantes de trabajos prácticos, y se va a dar con el curso de los meses, no digo de los años, en el curso de los meses, se va acentuando. Y eso es un dispendio del esfuerzo económico de la universidad sobre esa persona, sobre su propia formación, muy grande. Yo creo que acá las universidades nacionales se tienen que sentar a terminar con el sistema de cátedra.

¿Cuál sería el otro sistema?

El único sistema alternativo que yo conozco es el sistema a la americana donde todo el mundo es jefe de su propia cátedra. Con lo cual vos tenés algunas ventajas, tenés las mismas materias dadas a diferentes niveles, es decir, reciben diferentes números de créditos. Lo que acá es el profesor titular y allá es el full professor da materias de un

número elevado, una materia del 400 para arriba, toma estudiantes que ya están habilitados para cursar esas asignaturas porque vienen más adelantados en su carrera. Mientras que un adjunto, que son los allá llamados profesores asistentes, dan materias de menor puntaje, toman estudiantes en un momento de comienzo de su propia carrera, pero cada uno es autónomo. Los departamentos regulan el funcionamiento y lo regulan de una manera mucho más próxima e indicativa que acá. De hecho, acá cualquier profesor titular puede hacer lo que quiere -si quiere dictar el Pato Donald durante siete cuatrimestres puede hacerlo-, cosa verdaderamente loca. El departamento le tiene que pedir que dicte ciertos temas. De hecho, el departamento es más intrusivo, porque le pide al profesor programas que respondan a un sistema de lecturas pero, al mismo tiempo, es menos intrusivo porque todos los profesores son profesores, de diferente categoría según el momento en que hayan ingresado a la docencia y que hayan recibido su doctorado.

¿Los mecanismos de control son tan concretos en EEUU al punto de revisar los programas de cada profesor?

A nadie se le ocurriría hacer un programa donde no estén contempladas las lecturas de los exámenes, por la sencilla razón de que los estudiantes no tomarían ese curso. No tomarían un curso donde no se contemplara, de algún modo, con creatividad y con cruces, las lecturas del examen que van a hacer dos años después. Y los cursos bajos, lo que se llaman los cursos panorámicos, que son cursos de puntaje bajo, son panorámicos en serio, es decir no se puede dar un curso monográfico en un curso panorámico. Se puede tomar un tema pero siempre, con ese tema, hay que recorrer el período, el país o el continente de esa literatura. Se puede tomar una perspectiva teórica, o temática o formal, pero hay que recorrer el período entero. Mientras que nosotros tenemos el hábito basado en la libertad de cátedra, que en un punto, por supuesto, hay que defender, pero que es ideológica, no sustancial. La libertad de cátedra es ideológica y es teórica pero no es sustancial en el sentido de que un profesor puede enseñar siempre

literatura popular y nunca Borges, o viceversa. Eso tiene que ver con el diseño que debe ser transmitido a los estudiantes. Los departamentos deberían influir más sobre los contenidos de la enseñanza pero al mismo tiempo los profesores, que son parte de ese departamento, deberían ser mucho más libres y, por supuesto, no tener el sistema piramidal. Mi idea es que en algún momento, en la próxima década, a mí me van a asesinar en un baño de la Facultad de Filosofía y Letras, pero falta mucho tiempo, salvo que haya un golpe militar, para que se dé un retiro. Así está armado el cuerpo de la Universidad argentina desde el '84, con gente que hoy está entrando en la madurez pero que le quedan quince, veinte años por delante. ¿Y en esos veinte años qué va a pasar con los doctores que decimos que se tienen que formar?

¿Cómo se relacionan las cuestiones de las que viene hablando con las zonas de la cultura en la sociedad, cómo lee hoy por hoy la figura del intelectual en la sociedad?

Se relaciona de manera complicada porque acá los dos protagonistas de la relación no son una sociedad con sus extracciones de clases y una Universidad con sus diferencias de formación, sino que en el medio están los medios de comunicación de masas cuya esfera simbólica ha sido reorganizada por los medios audiovisuales y, en el caso argentino, por los medios audiovisuales sólo privados, cosa que es diferente a otros casos mundiales. Entonces, la relación no puede ser pensada entre Universidad y sociedad, relación que sí uno podía pensar en los años '20. La otra cuestión que está en el medio, el cuarto actor, -los medios de comunicación de masas están en el medio creando el clima social-, la cuarta pata de esta mesa, es la escuela. Nosotros hablamos de Universidad, pero en realidad el punto del que uno tendría que hablar hoy con mayor desesperación -porque la Universidad se las rebusca bastante bien- es la escuela. La combinación, en el caso argentino, son los medios de comunicación de masas privados que reorganizan el espacio simbólico de una manera radical, profunda, y una escuela que es el lugar de la pobreza simbólica y no puede competir con los medios de comunicación de masas por razones materiales y

económicas y, también, por razones simbólicas. La crisis de autoridad afecta muy fuertemente a la escuela y la escuela no ha logrado el lugar desde donde se emita un lenguaje autorizado no autoritario, realmente autorizado. Esto, en medio de la reconstrucción del reacondicionamiento cultural, mundial, que llamamos postmodernidad. Estos cuatro factores no se combinan del mismo modo en todos los lugares del mundo. Uno puede tener en Francia una escuela fuerte y medios de comunicación más débiles. En el caso argentino, uno tiene medios de comunicación fuertísimos y una escuela muy debilitada. La Universidad se convierte, como el último reducto que va recibiendo aquello que este sistema produce. Es decir, va recibiendo adolescentes cada vez menos capaces de encarar directamente, sin un proceso previo de nivelación, la formación universitaria, y va viviendo en el clima que produce una sociedad crecientemente más mediatizada. Por lo tanto, uno diría que el lugar de los intelectuales es cada vez menos importante. Ni aquellos intelectuales tradicionales, que eran los maestros de escuela, gramscianamente considerados, que influyen en la conformación de las culturales barriales, de las culturas rurales, etc., ni éstos, que ya no tienen ningún prestigio simbólico. Ni, en la otra punta, los intelectuales tradicionales, aquellos que hablaban desde un saber sobre el conjunto de problemas que tenía la sociedad, dado que la escuela ha quebrado y esos intelectuales tradicionales, los intelectuales académicos o los escritores, tienen una competencia que ya han perdido radicalmente frente a la competencia de los intelectuales electrónicos. Es decir, la esfera pública electrónica y los intelectuales electrónicos son mucho más persuasivos que el discurso de los intelectuales tradicionales, por lo tanto uno diría, como ustedes plantearon la pregunta entre dos polos de sociedad y Universidad, y si entre esos dos polos uno pone estos dos actores, una escuela que desaparece y medios de comunicación que avanzan y están reorganizando toda la esfera simbólica del mundo social, Universidad y sociedad se saludan desde lejos.

Hay un sector del campo intelectual que se está acomodando, porque esto es lo nuevo, esta es la onda, esta es la movida, en la cual hay que meterse, y son, efectivamente, los que están acomodados. Es

decir, por un Mariano Grondona que es el único intelectual masmediático que uno conoce tenemos los miles de Haddad y Longobardi. Es decir no hay un Mariano Grondona y un montón de intelectuales académicos circulando con sus discursos en los medios. Donde sí se acomodan mejor los intelectuales es en los medios de comunicación escrita. Ahí sí uno diría que hay dos o tres medios de comunicación escrita a nivel nacional, y habrá también a nivel local, donde los intelectuales hablan con un público, pero que es un público muy minoritario. Vos podés ser tapa del suplemento de **Clarín** y podés escribir hasta desgañitarte pero después en el club donde jugás tenis no te conocen. Es una colocación muy minoritaria porque, en realidad, la televisión es el medio.

¿Entonces, cuáles son las preguntas que se hace la investigación en relación a este marco desde el punto de vista de la historia cultural que es su especialidad en este momento?

Bueno, en el caso de historia cultural hay un artículo de Altamirano publicado en **Espacios**, que tiene una tesis halagüeña sobre la historia cultural con el cual yo no puedo menos que coincidir. Más o menos la tesis de Altamirano en ese artículo es que, en las dimensiones de la historia cultural y de la historia política de nuevo tipo, no de la historia tradicional, es donde se han producido las mayores renovaciones metodológicas y teóricas de la historiografía argentina. El caso de Tulio Haperín Donghi, el caso de Natalio Botana, historiadores que en un punto son historiadores clásicos, historiadores de las ideas en el caso de Botana, un historiador social en el caso de Tulio. Yo creo que, efectivamente, la historia cultural está atravesando su mejor momento. El seleccionado nacional de la historia cultural está atravesando su mejor momento. No solamente los investigadores más visibles sino el enorme interés que tiene gente más joven, es decir la cantidad de tesis que están siendo articuladas dentro de esta dimensión teórico-metodológica. Y creo que la efectiva producción de conocimiento que se está dando allí -tengo mucha confianza en alguna de las tesis que yo dirijo o conozco- está produciendo conocimiento porque se están organizando fuentes -cosa que es fundamental para la historia-. Se ponen sobre la mesa

fuentes que habían permanecido sin tocar durante décadas, investigaciones sobre la cultura política y la cultura en la transición, investigaciones sobre periodismo, sobre periodismo latinoamericano, que son investigaciones típicas de la historia cultural y que son las próximas tesis que se van a aprobar. Acá, en la Universidad de Córdoba, conozco otras, es decir, creo que es un muy buen momento.

¿Es polémico este momento? ¿Hay diálogo entre las investigaciones?

177

Entre las de la historia cultural, sí. Los investigadores de la historia cultural se conocen, se sientan a la misma mesa, se leen. La revista de la Universidad de Rosario, de un centro de investigaciones de la Universidad de Rosario y estudios sociales, sacó ahora una serie de entrevistas a investigadores de la historia cultural y es notable ver cómo esos investigadores se leen, desde Gastón Burucúa que investiga historia moderna en el sentido moderno de los historiadores, es decir la primera modernidad, uno podría preguntarse por qué tiene que leer a los historiadores contemporáneos, desde Gastón Burucúa que lee a los historiadores del siglo XX de la Argentina sobre el siglo XX argentino hay una especie de diálogo, una trama muy intensa. Y esta encuesta marca la incidencia que viene a tener la historia cultural en el campo de los estudios históricos. Es probable que sea porque es la historia más visible socialmente, en el sentido de que es la historia con la cual más fácil se accede a los medios de comunicación escritos, donde se pueden desplegar cosas que parecen más cercanas a los intereses culturales de la gente. Hay otro libro en marcha de otros dos investigadores que son largos reportajes a historiadores, pero en este caso, de historiadores de todas las disciplinas históricas. En ese libro entran dos historiadores culturales, cosa que hubiera sido impensada hace treinta años, en un conjunto de ocho personas.

Segunda parte
Beatriz Sarlo, ensayista

Nos llama la atención que Página 12 o Clarín la llame ensayista, no historiadora de la cultura. ¿Con cuál rótulo se siente más cómoda?

178

Bueno, eso es lo que quiero hacer. Pero eso no tiene que ver con la academia sino con la colocación que cada uno tiene frente a la escritura. Yo, sin duda, escribo trabajos de corte académico pero más del cincuenta por ciento de mi escritura se coloca al margen de la escritura académica. Escribo mucho en diarios y revistas, escribo mucho en la revista que dirijo y en otras revistas no académicas y, en realidad una gran parte de lo que escribo es de corte no académico, de orientación no académica. Y en ese punto sí soy una ensayista, no soy nada diferente a eso aunque haya hecho investigación con notas a pie de página y todo ese aparato.

¿Tanto una escritura como la otra tienen un objetivo más allá de la investigación o de la escritura en sí misma?

Totalmente. Yo investigué la modernidad argentina de los '20 y los '30 guiada por la pregunta de cómo era esa Argentina que en un momento, el de los '40, es reemplazada por otra. Y guiada, también, por todas las preguntas acerca de la modernización y la modernidad que eran las preguntas de la transición. En realidad, los tres libros que escribí sobre la modernidad, el del folletín, el de Buenos Aires y el de la imaginación técnica, son libros escritos al calor de la transición que gira alrededor de la pregunta "cómo es ser un país moderno", adjetivo que resonaba en todos los discursos políticos, aunque el último haya sido escrito en el '92. Entonces, fui para atrás buscando cuál era el perfil de esa modernidad que por alguna razón se quiebra, por muchas razones que conocemos, se quiebra en los años '40, para emerger otro tipo de modernidad. En ese sentido, la pregunta es la que yo quería contestar sobre la Argentina. Tengo la impresión de que, personalmen

te, no tengo ya nada que decir sobre ese período; lo que quiero es leer de otras personas.

En El imperio de los sentimientos marca los límites para hacer presentes “las narraciones pasadas”. Establece, claramente, dos fronteras: “sin la suficiencia elitista y sin el populismo” ¿Cómo se logra ese equilibrio?

En ese delicado equilibrio es donde yo quisiera moverme: ni celebración populista de la industria cultural ni condena adorniana, aunque por momentos me enoja mucho con la industria cultural, sobre todo con la contemporánea. La relación entre mi actividad académica y mi actividad intelectual fue total en esas investigaciones. De igual modo que las primeras investigaciones que hicimos con Altamirano sobre nacionalismo tenían la misma pregunta, porque esas investigaciones estaban hechas para discutir con los peronistas. Qué era el nacionalismo argentino era el tema -hoy ya es un tema pasado de moda- pero no lo era cuando empezamos la investigación en plena dictadura militar. En realidad, veníamos de los debates con el populismo del '73 y pensábamos que el debate próximo iba ser con el populismo. Ese populismo no debatió mucho. El paquete que tiene que ver con Sarmiento, que tiene que ver con el nacionalismo cultural, las investigaciones con Altamirano, tuvieron que ver, durante la dictadura, con cómo íbamos a discutir con los peronistas después. En mi caso, siempre las investigaciones fueron llevadas por esa perspectiva, no por otra.

179

Al respecto, entonces ¿cuáles fueron sus filiaciones, sus marcas para que hiciera ese tipo de experiencia?

Y las marcas son muy diversas. Básicamente, primero de todo, me marca la política. Yo fui una pésima estudiante universitaria que se recibe a los tropezones y que, rápidamente, piensa que tiene que hacer una opción política y dedicarse a la política, como era común a

mediados de los sesenta. Entonces, yo no reniego para nada de esa experiencia a nivel de conformación para un temperamento. Para mí el pasaje por la política fue fundamental y, de hecho, a veces entro y a veces salgo de la política hasta hoy. Así que no reniego para nada. Esa es una marca muy fuerte y facilita la idea de hacer preguntas de investigación que tengan que ver con la intervención pública, dado que, cuando ya estaban los partidos menemistas, me decían "tenés que escribir un artículo sobre José Hernández, que es el aniversario, y tenés que demostrar que él representaba la burguesía nacional y el **Martín Fierro** al proletariado". De alguna manera, esas preguntas horribles te habitúan a pensar en función política.

¿Y a pensar diferente?

Sí, a pensar diferente, fuera de la Academia, desde otro lugar. Y esa fue mi formación durante muchísimos años, una década y media. En el nivel académico una de las personas que yo pienso como marca es Jaime Rest. Un profesor excepcional al que por primera vez yo escuché hablar de Raymond Willimas o de Richard Howard. Y Jaime Rest combinaba una cosa fascinante que era un erudito espectacular, erudito en serio, que te podía hablar de literatura medieval hasta del **Ulises** de Joyce, junto a que te podía traducir las letras de los Beatles como nadie podía hacerlo. Era un humanista en el sentido clásico, renacentista del término. Y alguien dispuesto a perder su tiempo soberanamente - a diferencia del universitario carrierista- con los estudiantes. Era sentarse en un bar cerca de la Facultad y hablar durante horas, a diferencia del carrierismo universitario que hace que el tiempo nunca sea suficiente.

¿Eso se ha perdido?

Eso se ha perdido: Yo recuerdo a Jaime Rest que, cuando lo echaron de la Universidad de Buenos Aires, se fue a Bahía Blanca y dirigía **Capítulo Universal** del Centro Editor. El viajaba cada quince días

para organizar la dirección de ese Capítulo. Nos íbamos a la oficina de **Capítulo Universal** y comenzábamos una larga conversación a las dos de la tarde que terminaba a cualquier hora, donde Rest podía decir la última lectura de Dylan Thomas junto con la que había hecho de Tolstoi en un nivel, además, absolutamente democrático. Yo no he conocido nunca un liberal de la consecuencia de Jaime Rest para el cual los seres humanos eran absolutamente iguales, no venían tocados por ninguna marca de prestigio ni de colocación excepto la que lograrán en la conversación por sus intervenciones. Esa fue una marca muy sólida en mi vida. Y después hubo marcas muy importantes de los intelectuales peronistas a los cuales estuve muy próxima. Uno de ellos fue Rodolfo Puigrós. No me enseñó nada que yo crea que fuera verdadero hoy pero no puedo menos que recordar esas largas siestas en las cuales yo iba a su casa y lloraba mis desventuras en el movimiento peronista y Puigrós me las interpretaba a la luz de la relación de la pequeña burguesía con el peronismo.

181

Es una marca importante en mi vida personal aunque yo diga que intelectualmente no significa demasiado.

¿Y con respecto a los nuevos ve una absoluta continuidad o una ruptura en relación con trabajo intelectual?

Yo creo que el hecho de que se haya implantado una cultura universitaria de la cual nosotros carecimos tiene sus ventajas y sus desventajas. Sus ventajas es que la gente va a terminar mejor formada que yo, ineludiblemente va a terminar mejor formada que yo porque la Universidad le proporciona un tiempo de trabajo pago, mal pago o mejor pago, pero, de todas maneras, un tiempo de trabajo pago y marcos institucionales dentro de los cuales realizar su trabajo. De eso no me cabe la menor duda. Al mismo tiempo esta inclusión fuerte en una estructura universitaria marca un proceso de profesionalización que yo ya no lo puedo definir. Creo que los intelectuales académicos salidos de la Universidad van a ser más profesionales de lo que soy yo.

¿Eso no implica una pérdida del debate público por esa carrera de la profesionalización?

En un punto de la importancia del debate público sí, porque hay una carrera de la profesionalización que tiene sus géneros literarios, que marca, que, si se quiere estar en esa carrera, hay que responder a esas condiciones. Creo que hay un perfil muy acentuadamente académico en la gente que se ha incluido en el mundo académico muy joven. Pero por otra parte, esto no creo que sea efecto solamente de la configuración académica y de la relación que los jóvenes mantienen con la academia. Sino que es parte del efecto de la cultura posmoderna donde los intelectuales están desapareciendo, no sólo en la Universidad argentina, están desapareciendo en el mundo. Es la quiebra de los intelectuales. Se ha criticado la figura del intelectual como profeta y la figura del intelectual como intérprete, las dos figuras del intelectual del siglo XX, de las cuales Sartre podría ser un epítome. Se ha criticado esa figura y, sin duda, el lugar de esos discursos globales, que era el lugar del intelectual, es un lugar profundamente afectado, profundamente desarticulado. No quiero decir sólo que es un efecto de la mezcla de la cultura académica y cultura juvenil, lo que digo es que es un efecto de un proceso mundial mucho más profundo. Pero, por la otra punta, y esto se enlaza con lo que declamos a comienzo de esta conversación, está lo que la Universidad proporciona a los medios de comunicación, escritos básicamente, y a la organización de la cultura que son académicos que no son investigadores pero que pasan a esa esfera. Hoy, como nunca, tenemos los medios de comunicación escritos ocupados por gente emergida de las Facultades de Humanidades. Lo que antes era condición de no ser recibido -para el viejo periodismo era condición no ser recibido- hoy es prácticamente una de las credenciales con las que se entra al diario. Quizás no el título, pero veinte materias en Letras, quince materias en Historia, veinte materias en Ciencias de la Comunicación, empiezan a operar como credenciales. Ahí se estará formando un nuevo tipo de intervención que ya no es la de mi generación sino la de la gente que tiene treinta años y que yo creo que es muy importante. Es decir, nos guste o no cómo están los suplementos culturales son

hechos por gente salida de las universidades. En Córdoba **La Voz del Interior** la está dirigiendo gente muy joven salida de la Facultad de Humanidades; anoche me entrevistó para **La Capital** un periodista que después de diez minutos de charla le pregunté si era alumno o estaba recibido en Letras. Es evidente la marca, muy fuerte. Ni hablar de lo que sucede en **Página 12**: yo voy al diario a entregar una nota y el periodista que me la recibe está tomando al otro día mi curso en la Facultad. Prácticamente muchos de ellos han sido alumnos míos, los de **Página 12** y los de **Clarín**. Yo creo que ahí hay una constitución de nuevo tipo que no es la nuestra y tampoco es la del académico de la carrera sino que, más bien, es la función de la que hablábamos al principio, que la Universidad tiene que proporcionar un personal bastante calificado, bastante mejor calificado que el anterior para un lugar muy importante que son los medios de comunicación de masas. Ese tercer perfil es el que hay que poner sobre la mesa si uno no se quiere poner apocalíptico. Ese tercer perfil existe, yo lo conozco, esa gente ha sido alumna mía en la Facultad, sé como piensa, sé qué saben, sé las preguntas que se hacen antes de organizar una nota y son preguntas que tiene que ver con el saber académico. Ese tercer perfil implica una recolocación. Si admitimos que la historia de la cultura ha sido reorganizada masmediáticamente, se trata de una recolocación de la Universidad en la historia de la cultura que es lo que me preguntaban Uds. antes.

¿Tiene conciencia de que la gente de Punto de Vista ha armado una nueva configuración del campo intelectual en la Argentina?

Nosotros tenemos conciencia de que hemos promocionado una serie de líneas de investigación a través de la revista, de posiciones teóricas a través de la revista. Ese, sin duda, fue un acto de total deliberación. Cuando en el año '82 yo abrí un suplemento cultural y empecé a encontrar la palabra "campo intelectual" me dije "acá algo ha pasado". De eso somos totalmente conscientes. Somos también conscientes de la circulación de algunos escritores, la revista ha hecho algo por esa circulación publicando notas críticas y presentando líneas de interpretación de la literatura argentina. En este punto creo que

también es innegable eso: el modo en que la revista se ocupó de Juan José Saer, de Dal Massetto, de Rivera, o Rabanal. La revista fue tomando los primeros textos de la transición y leyendo. Hoy ya no, porque no nos parece necesario. También somos conscientes de que tratamos de mantener la revista lo más parecido a una revista intelectual; no queremos artículos académicos, no escribimos ni publicamos artículos de corte académico excepto que sea alguna traducción que nos parezca indispensable poner en circulación. Una revista donde sea posible mantener un tipo de discurso de interés público aunque sabemos que es extremadamente minoritaria pero que esa minoría es la minoría que gramscianamente son los repetidores sociales. Mientras podamos mantener la revista desde el punto de vista económico sabemos que no somos una revista de cinco mil lectores, ni los tendremos nunca. Lo importante es que nos lean los universitarios, los jóvenes en la medida de lo posible. De esas operaciones somos conscientes. Básicamente también somos conscientes de que nos ha costado mucho mantener la revista. Mantener una revista como la nuestra sin avisos, sin subsidios. No hemos tenido avisos públicos en la transición.

¿No han tenido ofrecimientos de subsidios tampoco?

Los únicos que nos ofrecieron, y nos dieron un subsidio fue la Fundación Pablo Iglesias del Partido Socialista Español. Sacar un número de **Punto de Vista** sale tres mil dólares y recibimos el equivalente a dos números. Tuvimos gente muy fiel que desde el exterior, si se nos armaba un lío de pago, sobre todo en la época de hiperinflación, mandaba un cheque de cien dólares ante la primer carta. Tulio Halperin Donghi, Francine Masiello, Silvia Molloy, Jean Franco, Torcuato DiTella, un grupo de quince personas que si uno les mandaba una carta aparecía un cheque de cien dólares y eso fue todo. De todas maneras, ese grupo de gente era muy importante desde un punto de vista simbólico. Yo sabía que Jean Franco, que no contesta ninguna carta nunca, esa sí la contestaba; que Tulio Halperin, que para mí es el más grande historiador de América latina, pensaba que tenía que poner sus cien dólares era muy importante. Es muy complicado sacar una revista artesanal; los

veinte primeros números los repartí yo en los kioscos con una bolsa. Yo soy muy popular entre los kiosqueros de la calle Corrientes. Uds. paseen conmigo por la calle Corrientes y van a ver cómo me saludan los kiosqueros. "Ahor1a no viene más se fue pa' arriba". Fue muy complicado y al mismo tiempo fue la forma en que nosotros pudimos vivir en la dictadura militar en la Argentina. No fue ningún acto de filantropía pensado para terceros. Fue pensado, en primer lugar, para nosotros. Económicamente, además, pudimos vivir en la Argentina -y este es otro reconocimiento- porque el centro Editor de América Latina nos pagó un sueldo mínimo, fraccionado, pero nos pagó un sueldo durante todos los años de la dictadura. Nosotros trabajamos por ese sueldo pero en un momento en que yo no podía conseguir trabajo en ninguna parte, Boris me dio trabajo. Centro Editor es una empresa sobre la que alguna vez hay que hacer una investigación. En el Centro Editor publicamos por primera vez todos los que hoy somos de la generación más grande, y luego publicaron los de la generación un poco menor, también por primera vez, en **Capítulo**, segunda Edición. Nosotros vimos nuestro nombre impreso en **Capítulo** primera edición. El Centro Editor fue fundamental para pasar la dictadura, las colecciones del Centro fueron impresionantes para pasar la dictadura. En las peores condiciones: les quemaron camiones y depósitos de libros

Cambiamos de tema. Ha comentado en entrevistas a los diarios una metodología de trabajo diferente para Escenas de la vida posmoderna. ¿Se trata de un antropólogo flaneur que recorre la ciudad sin libreta o con libreta?

Sin libreta. Empezó así: esos son fundamentalmente los tres primeros capítulos del libro. El capítulo que se llama "Abundancia y pobreza" que son cuatro escenas de la vida posmoderna, el capítulo de televisión y el capítulo de culturas populares. Todos esos capítulos se inician y tienen puestas en el medio pequeñas historias, retratos, diálogos a la manera de inscripción antropológica. El capítulo de culturas populares también y lo que se lee ahí es verdad. Es una historia de caballos y videotapes verdadera. Y sorprendente; no es una historia

de judíos y ovejas como Nietzsche, pero todo lo que se dice ahí es absolutamente verdadero. Esos tres capítulos que son la mitad del libro están hechos así; efectivamente son una deriva urbana que tienen su origen en unas notas para **Página 30** en realidad. Después quedé enganchada y cuando escribí la última nota en **Página 30** quise expandir el material. Vi que para expandir ese material tenía que ir a esos lugares y quedarme mucho tiempo. Todos mis amigos me decían que era absurdo que yo me pasara en esos tugurios el tiempo. Esto que digo en la nota de **Clarín** de que me he bajado y subido a los colectivos siguiendo a los pibes, es verdad. He escuchado conversaciones en un voyeurismo total. Yo no sabía muy bien dónde iba a terminar pero de hecho durante seis meses me pasé dando vueltas así. Como había publicado **La imaginación técnica** dije "Bueno no hago nada". Por otra parte, yo no miro televisión nunca, lo que hago es mirar dos días enteros de televisión por mes. Y ahí lo acentué porque el libro tiene toda una serie de hipótesis sobre la constitución formal del discurso televisivo no sobre los contenidos de ese discurso sino cómo es formalmente ese discurso. Intenté analizar el discurso televisivo como lo hice con los folletines, desde la perspectiva formal, de la perspectiva del procedimiento. Entonces tuve que mirar mucha televisión.

¿Proporciona momentos de felicidad como los folletines?

No, es otra cosa. Está tomado desde otra perspectiva ya que funda lo real de otro modo. Entonces sí miré mucha televisión de manera convulsiva aunque nunca pude mirar televisión todos los días. Así como hice una deriva urbana por los videos, hice una deriva de lectura, es decir, leí de una manera que no leo habitualmente cuando estoy preparando un libro sino que leí en una especie de deriva muy libre que está en la bibliografía al final del libro. En la deriva urbana estuvo también el paso por los shoppings. Yo voy los sábados a la tarde al shopping donde no va la gente que compra. No se ve una sola bolsa de shopping los sábados a la tarde. Las bolsas de shopping que ves son bolsas viejas que las señoras les dieron a sus sirvientas para que lleven la ropa. Ahí lo que se produce es otra sociedad. El shopping que un día

de semana está ocupado por una sociedad, el sábado a la tarde está ocupado por otra sociedad. Yo he visto madres amamantando a sus hijos en el patio de Comidas de Alto Palermo.

¿Cómo funciona ese espacio? ¿Se trata de un no-lugar?

No, yo diría que no es un no-lugar. Justamente porque es la interiorización del espacio público, es un espacio semipúblico o semiprivado pero que está muy marcado simbólicamente y que esa gente sabe perfectamente cuál es el consumo simbólico que va a realizar allí. No es como un aeropuerto ya que es una interiorización muy firme del espacio público en el espacio semiprivado, y por un público para el cual el diseño del shopping no ha sido pensado. Es decir, que hace un uso irregular de ese diseño. Los maceteros no han sido pensados para que las señoras se sienten a amamantar a sus hijos. El diseño material del shopping es contradicho por el uso que ese shopping tiene los sábados a la tarde. Se convierte en el lugar más fascinante, una especie de lugar de fantasmas pero combinado con que todo lo del shopping sigue persistiendo, sigue el aire envasado con su olor, sigue su música permanente como la de los casinos de Las Vegas. Los casinos de Las Vegas tienen un sonido de monedas todo el tiempo por cinta para no interrumpir la idea de puesta en escena del juego. El shopping tiene esa especie de sonido permanente de shopping. Sigue todo eso pero es reutilizado en los espacios públicos. Es muy interesante ver esto por ejemplo en Alto Palermo un sábado a la tarde.

187

¿En los shopping europeos o estadounidenses pasa lo mismo?

Es que en un shopping norteamericano o europeo el que entre alguien que no puede comprar es raro. La gente, los que entran al shopping, por supuesto que se va a pasear, pero se va a pasear comprando. El shopping es el momento en que vos hacés el paseo de la compra, el paseo y la compra. La gente que no pueda comprar irá a los shopping que están estratificados. Yo nunca he visto en Pentagon

City (???) o en Washington, un sábado a la tarde, gente paseando y comiendo un sandwich. Es gente que puede. El exhibicionismo, salvo un veinte por ciento que no entra al shopping, el resto se relaciona con el consumo, unos más, otros menos, pero consumen. Además no están atestados como sí están atestados los shopping en Córdoba o en Buenos Aires.

188

¿Estuvo en los recitales observando la cultura rock de los jóvenes?

Ahora no. Y además no aparecen en el libro. No aparece la música tematizada. Eso merece otro libro. No tengo ninguna versión romántica de la cultura rock de los jóvenes, pero de todas maneras pienso que merece otro libro. Es más complicado de encarar para mí porque a mí me gusta cierta música y cierto rock y no soporto otro. Entonces hacer una investigación sobre eso sería para mí complicadísimo. A mí me gusta cierto rock y el rock nacional no me gusta nada, así que sería muy complicado.

¿El rock actual nacional, o nunca le gustó?

No, nunca me gustó el rock nacional.

¿A pesar de la "resistencia" que pudo haber significado en un momento?

No me gusta la música de Charly García. No me gusta. No me gusta cómo canta. A lo mejor algunas letras. Y alguna relación empática, como hablábamos al principio, tiene que haber con el objeto de investigación y sobre el rock nacional yo tengo la tesis que tiene un amigo mío, que el rock nacional es amnésico, copia sin darse cuenta. Entonces, no creo que me meta en eso, me gusta demasiado el objeto, cierta música y cierto rock, para meterme con el rock nacional. Este libro

no es un libro apocalíptico. Es un libro muy crítico, hipercrítico. Contra la televisión, sin duda, pero siempre trato de abrir una puerta.

¿Toma el tema del cable también?

Tomo el tema del discurso televisivo, con cable o sin cable, pensando que el zapping es el modelo del uso de la televisión, cuanto más cable hay mejor para ese modelo.

189

Notas

- * Beatriz Sarlo, crítica e investigadora, es titular de Licenciatura Argentina en la Universidad de Buenos Aires. Su trayectoria es sumamente sugestiva ya que marca el perfil del intelectual de fin de siglo en Argentina. Ha dictado cursos en distintas Universidades del mundo. Dirige desde 1978 la revista **Punto de Vista**. Sus libros abarcan un amplio espectro de temas y modos de la escritura crítica. Citamos sólo algunos de sus títulos más conocidos: **El imperio de los sentimientos** (1985), **Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930** (1988) y **Escenas de la vida posmoderna** (1994).

Entrevistamos a Beatriz Sarlo a mediados de 1994. Si bien algunas de las situaciones a las que alude la investigadora han variado, estos cambios son el resultado del estado de la cuestión al que se refiere Sarlo en ese momento. Por lo tanto, los "aquí y ahora" deben resignificarse de acuerdo con esta distancia temporal. Por otra parte, consideramos que la entrevista puede dividirse temáticamente en dos bloques. El primero toma la relación entre la Universidad, la investigación y la sociedad. Sarlo analiza esta relación y revisa modelos de otros países. En el segundo bloque, quisimos preguntarle sobre su propio lugar, sus filiaciones y homenajes y los materiales de sus investigaciones. La interrogamos también acerca de la forma de trabajo en . entonces, su último libro **Escenas de la vida posmoderna**. Observamos entonces genealógicamente el giro de su escritura que **Instántaneas** corrobora.